

XII.

Muerto ó loco.

La casa de Gonzaga y compañía, una de las principales, si no la primera de Cádiz en la época á que se refiere nuestra verídica historia, acababa de recibir un gran cargamento, y los dependientes estaban mas atareados que nunca. Unos asentaban facturas que otros habian confrontado ántes; estos presenciaban la apertura de algunos fardos y anotaban su contenido; aquellos colocaban en órden los efectos, y todos en fin, se hallaban sériamente ocupados.

El gefe de la casa, viejo sexagenario, de fisonomía simpática aunque adusta, estaba sentado delante de su bufete y examinaba su correspondencia con atencion; de cuando en cuando, sin embargo, algun pensamiento importuno debia distraerle, porque fruncia ligeramente las cejas y decia entre dientes:

—No puede ser.

Volvia á ocuparse en su trabajo, y á poco volvia á distraer-

se, repetía en voz baja las mismas palabras, y luego alzándola, preguntaba á alguno de los dependientes:

—¿Ha vuelto el señorito?

—No, señor,—le contestaban por centésima vez en el momento en que introducimos al lector al escritorio.

—No puede ser, es inaudito;—repetía el señor Gonzaga—y volvia á entregarse al exámen de su correspondencia.

Estaba muy avanzada la noche y llovía á cántaros, como hemos podido verlo al acompañar á Paco Fernandez en su paseo nocturno á la taberna del Trocadero, y el ruido del agua, que caía á torrentes en la calle, se oía en el almacén á pesar del trajín de los empleados. A no ser así, el señor Gonzaga hubiera salido á la calle, pues varias veces echó mano á su baston para hacerlo, pero llegaba á sus oídos el estruendo del chubasco y no podía ménos de pronunciar la desesperadora frase que parecia estar condenado á repetir toda la noche:

—No puede ser.

Miéntas en el almacén se entregaban los dependientes de la casa Gonzaga á sus quehaceres, y el gefe de ella interrumpía á cada paso la lectura de su correspondencia para repetirse hasta el fastidio sus interminables tres palabras, en las habitaciones altas pasaba una escena de muy distinto género.

El edificio en que se hallaba establecida la sociedad Gonzaga y compañía estaba dividido en varios pisos, de los cuales el almacén ocupaba enteramente el primero; el segundo era la habitación del gefe de la casa y su familia, y los superiores servían de dormitorios al gran número de dependientes que sostenía la casa.

En uno de aquellos cuartos de hombre solo, cuyo desórden está acusando que jamas ha intervenido en su arreglo la mano de una mujer, un hombre se pasea de largo á largo dando señales de impaciencia.

De cuando en cuando se acerca á la cama, inclina la cabeza

sobre ella, y permanece así, en actitud de escuchar, un breve rato. Luego se endereza de nuevo, vuelve á pasearse y repite con impaciencia:

—¿Que hará ese hombre? Este niño se muere.

En efecto, en la cama hay un niño acostado; tiene los ojos cerrados; su frente está cubierta con una venda blanca en la que se va extendiendo poco á poco una mancha de sangre; su respiracion se oye apénas, y sus lábios entreabiertos, dejando asomar sus dientes, dan á su fisonomia el aspecto de un cadáver.

—¿Y yo, que debo hacer?—continuaba el hombre paseándose por el cuarto—mi padre va á saberlo todo, si no lo sospecha ya, y de seguro me maldice y me deshereda. ¡Maldito dinero!.... si no me hiciera tanta falta no estaria en situacion tan horrible..... Dejarle al niño era dejarle una arma; y esa mujer, con él, se habria vengado; sin él transijirá, rogará y ajustaremos un tratado de paz..... ¡Imbécil Zurdo!..... ¡dejarle caer!..... si se muere debo renunciar á mis proyectos; la venganza de Marietta será mas atroz.

Nuestros lectores habrán comprendido ya por este monólogo que el hombre á quien tenemos delante es el infame Fernando, y que el niño que yace en la cama es nuestro querido amiguito Mário.

En el momento en que el pobre niño fué arrebatado en la iglesia de la Misericordia por Paco Fernandez, y despues de haberse herido la frente al caer en la puerta del templo, fué conducido privado de sentido á un bote que aguardaba al Zurdo en el puerto, y trasladado de allí á un buque que inmediatamente que recibió tan triste carga, se dió á la vela para Cádiz.

Durante la travesia, el niño apénas dió señales de vida; su herida era profunda y peligrosa, y cuando el cirujano de á bordo que le curaba, logró á fuerza de trabajo y de cuidado cerrárse-

la, un ataque cerebral que sufrió el enfermo y le hizo caer de lecho, volvió á abrirla.

Fernando estaba furioso contra Paco, no porque amase al niño, sino porque tenia proyectos sobre él que iban á desvanecerse si se moria su hijo; queria acabar de una vez con Marietta para verse libre de esa amenaza continua. Marietta no pensaba en vengarse y era feliz con su hijo; pero en la conciencia de Fernando pesaba un remordimiento, y ese torcedor horrible que destroza el alma de los criminales escapados á la justicia humana, le hacia ver en todo sombras amenazantes y vengadoras y creer que Marietta no pensaba mas que en tomar sobre él una cruel venganza. Queria comprar su olvido y su perdon exigiéndoselos como condicion precisa para devolverle al hijo de su alma, y malvado y hombre sin corazon no acertaba á comprender que una mujer puede perdonar su deshonra y su abandono, pero que es imposible que una madre perdone que le arrebaten á su hijo.

Paco, abrumado por las reconvencciones de Fernando, estaba triste y taciturno; no habia olvidado, sin embargo, que entre sus compañeros de aventuras, de juego y de mesa, habia uno, hábil en el arte de curar las heridas que en las campañas de amor ó con la policia solian ganar los parroquianos de la Espigada; y apénas llegaron á Cádiz, fué en su busca, como lo hemos visto.

La impaciencia de Fernando crecia á cada momento y sus paseos eran cada vez mas apresurados. La respiracion del niño se dilatava por momentos, y apénas la escuchaba Fernando cuando acercaba el oido, ó la sentia débil y tibia cuando ponía su mano debajo de la nariz del niño.

Por fin se abrió la puerta y Paco y el Doctor entraron á la habitacion. Este dirijió un saludo cortés á Fernando y se encaminó al lecho. Paco tomó la luz, y aquellos tres hombres, do-

minados por tan diferentes sentimientos, rodearon la cama del pobre moribundo.

El Doctor levantó suavemente la venda, examinó la herida, cuyos labios se movían con violencia, é hizo un gesto de desagrado. Buscó luego el pulso del niño, y algo como una sombra pasó por su semblante.

Fernando, que le miraba atentamente, le preguntó con ansiedad:

—¿Cree usted que no tiene remedio?

—Mientras aliente un soplo de vida el cuerpo del enfermo, la ciencia no debe desesperar—contestó en tono sentencioso el Doctor.

—¿Como le encuentra usted?

—Muy mal.

—¿Se curará?

—Vamos á poner los medios.

Y acercándose á una mesa escribió algunas palabras en un papel que entregó á Paco, diciéndole:

—Corriendo por esa receta.

Paco salió en el acto.

El Doctor volvió á acercarse á la cama y examinó de nuevo al niño.

—¡Que bello es!—dijo, cediendo á un movimiento de admiración.

Fernando se encojió de hombros.

El Doctor notó ese movimiento, y mirándole con cierto aire de desprecio, se dijo:

—No puede ser su padre.

No tardó mucho Paco en volver, trayendo en la mano un botecito que contenía un licor rojo.

El Doctor le tomó; derramó algunas gotas en la herida, y poniendo otras en un poco de agua, empapó un lienzo y le aplicó á la frente del niño.

—Que se le cambien incesantemente estos lienzos de manera que siempre estén empapados,—dijo á Paco—mañana temprano estaré aquí.

—¿Cree usted que se salvará?—preguntó con ansiedad Fernando.

—Si he de hablar la verdad—contestó el Doctor,—estamos en una alternativa atroz; si vive, perderá el juicio.

—Que le pierda en hora buena,—repuso Fernando—pero que viva.

—Si fuera verdadero padre—pensó el Doctor—le quisiera mejor muerto que loco; aqui hay misterio! Hasta mañana, dijo en voz alta.

Fernando le condujo hasta la puerta, y al volver á entrar á la habitacion, sintió una mano de hierro que pesaba sobre su hombro y oyó una voz que con acento severo pronunció esta palabra:

—¡Infame!

Fernando volvió el rostro, y exclamó, temblando y cayendo de rodillas:

—¡Mi padre!

Era, en efecto, el señor Gonzaga que al fin se habia decidido á salir de una vez de la duda que le atormentaba, y que al comprender la verdad no habia podido contener un movimiento de indignacion.